

quienes alzaron sobre el pavés andino, por vez primera, el Cuerpo, la Sangre y el Nombre de Cristo. En mis propias manos, vagamente, misteriosamente, notaba aquella sagrada fuerza de la consagración, la parte alícuota que como español me correspondía en las manos de los sacerdotes primeros, en las manos de los que marcharon siempre junto a los Conquistadores.

Un par de días antes de visitar el palacio de su eminencia, las chicas habían oído una misa en la iglesia de Santa Rosa de Lima, regentada por padres dominicos, a cuya Orden pertenece el padre Figar, que, como ustedes saben, era el capellán de los Coros y Danzas. Celebró el santo sacrificio monseñor Leonardo José Rodríguez Ballón, arzobispo de Arequipa. El señor arzobispo es un gran amigo de España.

—Más español que tú y que yo— solían decirme con frecuencia bien selectos compatriotas de Lima.

La misa dialogada cobró un aire antiguo y dulce junto al jardín de la Santa, todavía alborotado por los canarios que la conmemoran a cada instante. Si las colegialas ofrecieron a mis camaradas ramos de flores —descendientes de las rosas de la Santa— y el señor arzobispo su palabra y su bendición —como anteriormente una visita al «Monte Ayala»—, la Santa guitarrista, sin duda que les ofreció una sonrisa y hasta un par de consejos para no desentonar jamás. Ni en el coro, ni en la danza, ni en la vida.

De intento he dejado para el final la procesión del Señor de los Milagros. Pero antes de que se me pase quiero recordar que uno de los muchos sacerdotes que estuvieron a bordo se llama fray José de Guadalupe Mojica, franciscano. Asistió a un ensayo, escuchó varias canciones populares y

hasta cantó ópera. El antiguo actor de cine estaba envejecido y me pareció como si todo él hubiese dado un estirón. Lo vi alto, fuerte, con una fortaleza madura, algo fofa, ya en pediente. Eran pocas las chicas que le recordasen de un modo directo. En esto nada tuvieron que decirse Raúl Roulieu en Río y José Mojica en Lima. Pero Mojica había elegido la parte mejor. Recuerdo la voz de fray José, el corro de chicas que le escuchaban, la curiosa atención del capitán, y recuerdo también cómo todo recobraba un aire extraño y tecnicolor.

¿Les dije que el barco recibía flores a montones? ¿Y que el barco, como el teatro Municipal, tenía también su retén de cholitos? Y el barco, como el teatro, era el constante objeto de visita de los sacerdotes y frailes españoles. Casi todos ellos o servían o habían servido en las Misiones, y la retaguardia limeña les descansaba. Estuve con dos franciscanos vascos, de Pasajes uno de ellos, que casi brincaba al oír la bravura agreste de la «espatadantza». Me encontré con varios paisanicos, ¡cómo no, y a Dios gracias!, y entre los arcos floridos y los mayos durante el entreacto, nos paseábamos gravemente, como en esa hora de San Fermín en el jaleo se ha desplazado a los toros y uno puede dar vueltas a la plaza del Castillo hablando al alimón de teología, política, las últimas oposiciones de canónigos, los toros y los asuntos de la diócesis. Y de la guerra carlista.

Pero de todos los actos religiosos, fué la procesión del Señor de los Milagros la que me conmovió de un modo particular. El justificado terror que Lima siente hacia los terremotos ha encontrado su alivio y su bálsamo en la devoción frenética al Señor de los Temblores. «Está escrito que